

carta pastorale

LA FRATERNITÀ CRISTIANA



DIOCESI DE BERGAMO

*“... despertando
gran alegría
en todos los hermanos”*

Hechos de lo Apostoles 15



LA FRATERNIDAD CRISTIANA



Queridos hermanos y hermanas,

a menudo abrimos nuestras reuniones con este saludo. ¿Que sentido toman estas palabras utilizadas normalmente en las relaciones familiares? ¿Por qué los cristianos definen las relaciones entre ellos con estos términos? ¿Es una manera para indicar cómo deberían plantearse los unos hacia los otros o indica algo real? ¿Y si fuera real, que consistencia asume una definición de este tipo en nuestra vida?

Pido disculpa si empiezo esta carta con unas preguntas; me parece una manera de entrar rápidamente en el tema que quiero compartir con ustedes: «*La fraternidad en la comunidad cristiana*».



¿PORQUÉ ESTE TEMA?

El Sínodo Diocesano ha indicado la parroquia como una «*comunidad fraterna*» (72), “*una comunidad de amor fraterno*” (272): esta descripción describe la cara de la comunidad parroquial y al mismo tiempo, contempla una necesidad de perseguir.

Es esta necesidad, el motivo de la elección del tema de este año: nuestras parroquias y nuestra Iglesia diocesana crezcan en la fraternidad y se vuelvan más conscientes de que esta característica es decisiva para realmente ser discípulos del Señor resucitado y colaboradores de su misión. Este es el camino para renovar la vida de nuestras comunidades, para encarnar más nuestra fidelidad al Evangelio, para alimentar el celo misionero, para promover formas de colaboración en todos los niveles. En particular, es en esta perspectiva que se colocan las reflexiones y la actuación de las Unidades pastorales propuestas por el Sínodo Diocesano.

La elección de este tema se entrelaza fuertemente con la proclamación del Año de la fe hecha por el Santo Padre en la ocasión de los cincuenta años de la abertura del Concilio Vaticano II y el vigésimo aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica.

QUE IMPLICA
PARA LOS
CRISTIANOS
LLAMARSE
“HERMANOS Y
HERMANAS”?

En la Carta de convocatoria escribe: *“Ese Año tendrá su inicio el 11 de octubre del 2012, en el quincuagésimo aniversario de la abertura del Concilio Vaticano II y terminará en la solemnidad de nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. El 11 de octubre de 2012 son también los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, texto promulgado por mi Predecesor, el beato Papa Juan Pablo II, con el fin de demostrar a todos los fieles, la fuerza y la belleza de la fe”.*

En relación con nuestro tema pastoral, escribe aun el Papa en su carta: *“Por fe los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los apóstoles, en la oración, en la celebración de la Eucaristía, poniendo en común lo que poseían para ayudar las necesidades de los hermanos (At 2,42-47)”.*

Nuestra Diócesis también abrirá el Año de la Fe el próximo 11 de octubre, con una Celebración especial en la iglesia parroquial de Sotto il Monte, en el memorial litúrgico de Papa Juan XXIII. El recuerdo y la veneración del Papa Juan, unidos en una renovada conciencia de su magisterio, de su testimonio profético y del coraje con que dió inicio al Concilio Ecuménico Vaticano II, Caracterizarán nuestra manera de celebrar el Año de la Fe para llegar a una significativa celebración del 50° aniversario de su muerte el 3 de junio de 1963. En este sentido, la Diócesis, la Fundación Papa Juan XXIII, la Parroquia de Sotto il Monte, junto con la comunidad de PIME,

QUE PODEMOS
PONER IN CO-
MÚN HOY PARA
SER COMUNIDAD
CRISTIANA?

“VIVIR CONCRE-
TAMENTE SU
PROPIA FE” QUE
SIGNIFICA?

ofrecerán algunas iniciativas de especial importancia. Entre ellas, ahora, quiero subrayar la Peregrinación diocesana a Roma y las peregrinaciones parroquiales a Sotto il Monte. Además, propongo a todos los jóvenes una peregrinación a pie desde Asís a Roma a lo largo de la vía Francígena, que se celebrará en el mes de agosto.

En el encuentro con la Diócesis de Bergamo, con motivo del 50° aniversario de la elección del Papa Juan XXIII, Benedicto XVI habló así a los peregrinos de Bergamo: *“La diócesis de Bergamo está de fiesta y no podía faltar el encuentro espiritual con su hijo más ilustre, “un hermano que se convirtió en padre por la voluntad de Nuestro Señor”, como el mismo dijo. A lado de la Confesión del Apóstol Pedro descansan sus venerados restos mortales. Desde este lugar estimado por todos los bautizados, el vuelve a decirles: «Yo soy José vuestro hermano»... Es en la parroquia que se aprende a vivir concretamente su propia fe... Con mucha confianza Papa Roncalli entregaba a la parroquia, familia de familias, la tarea de alimentar entre los fieles sentimientos de comunión y de fraternidad. Formada por la Eucaristía, la parroquia se convertirá - era su pensamiento - en fermento de sana ansiedad en medio del consumismo generalizado y el individualismo de nuestro tiempo, despertando la solidaridad y abriendo en la fe el ojo del corazón para reconocer al Padre, que es amor gratuito, deseoso por compartir con sus hijos su misma alegría”.*



UNA MIRADA AGRADECIDA

Han pasado tres años desde el inicio de mi ministerio entre ustedes: agradezco sinceramente al Señor y toda la comunidad bergamasca. Todavía me asombro por la afabilidad y la fe amorosa con que me aceptan. Han sido tres años intensos donde me propuse conocer y encontrar a nuestra Diócesis y nuestra sociedad; el camino recorrido me ha hecho consciente de una riqueza de experiencias que no se pueden entender en un tiempo tan limitado. Me parece haber captado, aunque sea parcialmente, algunas de las características de esta comunidad: la vitalidad de la parroquia y del oratorio, el apego a las tradiciones religiosas y culturales, el papel significativo de la Diócesis, la fuerza de las distintas formas de voluntariado, un particular celo misionero, la presencia de procesos de identificación, la centralidad del trabajo, la riqueza desde el punto de vista naturalístico, artístico, cultural e incluso económico.

Todo esto y mucho más que no he mencionado, ha contribuido a la creación de un patrimonio que sería insensato desperdiciar. Al mismo tiempo, hay realidades que están presionando y no permiten quedarse en defensa frente a lo que representan: la crisis financiera, econó-

COMO ES
POSIBLE CUSTODIAR
LA TRADICIÓN EN
EL MUNDO DE
HOY?

mica y social, con sus preocupantes consecuencias para el empleo y el riesgo, no teórico, de una separación y fragmentación social cada vez más acentuadas y acompañadas por los peligrosos impactos sobre las personas y las categorías más débiles; las preguntas, las exigencias y las provocaciones de las generaciones más jóvenes; la presencia imponente y estructural de las personas migrantes, cristianas y otras religiones, lo que implica una disposición a dialogar y compartir capaz de resistir a la tentación de la indiferencia, rechazo o discriminación; las instancias de la mundialidad, el desarrollo de la economía, de la ciencia y de la tecnología, del mundo de la comunicación, de la medicina, de la investigación, con extraordinarias excelencias en nuestro territorio, que fomentan ese esfuerzo coral; la secularización generalizada y la pérdida de valores, y en especial para nosotros los cristianos, las exigencias del Evangelio que nos llevan a procesos continuos de conversión personal y comunitaria.

La condición del cambio no debe asustarnos. Es uno de los criterios de interpretación de nuestro tiempo y para ser fieles a las instancias del Evangelio y de la vida

COMO VIVIR
EL CAMBIO
PARA SER
FIELES AL
EVANGELIO Y
A LA VIDA?



UN ESTILO DE COMPARTIR

En estos años, he intentado escuchar y hacer revivir lo que està en el corazón de la comunidad cristiana, tratando de buscar un estilo de convivencia y experimentando la belleza y la dificultad. El compartir pertenece al mundo de la mutua escucha, del encuentro significativo, del diálogo sincero, de las relaciones comprometedoras, de la experiencia emocionante y se propone la búsqueda de la verdad, superando experiencias e ideas solo nuestras, con el deseo de alcanzar una verdad más amplia y compartida por muchos. No se trata de procesos interesados a lograr un consenso más amplio y tampoco renunciar a sus creencias, sino destinados a reconocer una verdad más grande y profunda de la propia, capaz de mover hacia un compromiso y una responsabilidad común. En este sentido, me parece que favorecer reuniones y momentos de escucha con todas las realidades y personas correspondían a esta necesidad: agradezco a todos los mundos eclesiales, institucionales y sociales que me permitieron esta modalidad de relación.

En esta perspectiva se inscriben, de manera significativa, las reuniones vicariales con los sacerdotes, con los organismos pastorales parroquiales y vicariales, con los ca-

BELLEZA Y
DIFICULTAD DE LA
CONDIVISIÓN
HACEN PARTE DE
NUESTRA VIDA
COMUNITARIA?

tequistas. En particular siento el deseo de renovar la convicción y el espíritu de los Consejos diocesanos, con la esperanza de que puedan convertirse en un signo ejemplar también para los vicariales, parroquiales, y cada organismo eclesial. El camino es aún largo, pero puedo sentir el sincero deseo de seguir adelante, especialmente adoptando el criterio del discernimiento comunitario, que es el método característico de la comunidad cristiana.

Esta carta también se convierte en una oportunidad para madurar un estilo de condivisión que oriente una reflexión sobre el método de trabajo pastoral de nuestra diócesis y particularmente sobre la modalidad presentada por el programa pastoral. Como pueden entender, no se trata de suspender la propuesta de un programa pastoral, como un año sabático; más bien es preguntarnos qué puede mejorar la propuesta diocesana de un camino compartido, para hacerlo más efectivo, y principalmente porque se vuelva aún más un signo de comunión para un testimonio y una proclamación de esperanza a todas las mujeres y hombres de nuestros contemporáneos y nuestros compatriotas. Estaré encantado de recoger en el transcurso del año las propuestas que puedan llegarme sobre este aspecto, tanto a nivel personal, como a nivel de organismos comunitarios.



UNA PERSPECTIVA PASTORAL

En el Consejo presbiteral de este año, hemos discutido sobre el tema de las Unidades pastorales, que creo merezca ser conocido por toda la comunidad diocesana: es la intención de esta carta, que no tratará de la organización de estas Unidades, pero le gustaría ofrecer las motivaciones que la inspiran y las características que la marcan.

El mundo ha cambiado y no podemos pensar que esté solo empeorando. El Cristo resucitado y el Evangelio vivido por muchas personas son capaces de dar esperanza y salvación a todo el mundo, que también revela los signos de Su presencia. Pienso a la convicción creciente de aquellos que viven en la comunidad, la dedicación oculta y comunitaria de innumerables personas, a la difusión del amor por la Palabra de Dios, a al cansancio y al deleite de muchas familias para encarnar la fe todos los días, al testimonio de una multitud de sacerdotes, consagrados y consagradas y de laicos. Pienso también a ciertas cuestiones vitales que nos provocan: la vitalidad de la fe de quien ha sido bautizado; la encarnación del Evangelio en la cultura contemporánea; la importancia de la propuesta cristiana en relación con la

TENEMOS LA
CAPACIDAD DE
CAPTAR ENTRE
NOSOTROS
SIGNOS DE
ESPERANZA Y
DE SALVACIÓN?

vida del hombre contemporáneo, en sus dimensiones personales y sociales. La fraternidad cristiana, no es un sentimiento dulce y reconfortante de cultivar entre personas que piensan de la misma manera y advierten mutuamente afinidades afectivas y electivas: es la modalidad de como estamos llamados a vivir y ser testigos del Evangelio, no solos sino juntos.





A LAS FUENTES DE LA FRATERNIDAD CRISTIANA

La fraternidad cristiana se califica como una fraternidad en la fe, pero más aún como una fraternidad en Cristo Señor. De hecho, la palabra hermano y hermana más que indicar los lazos familiares, expresa pertenencias religiosas y sociales. Entre bautizados, no solo indica una pertenencia común sino un lazo fraterno de Cristo con cada uno de ellos y por lo tanto un vínculo fraternal entre ellos. Además, por la fraternidad de Cristo con sus discípulos y de sus discípulos entre ellos, se desarrolla la hermandad con todo ser humano no solo como perteneciente a la raza humana, sino como ser alcanzado por el amor de Dios en Cristo Jesús. En este sentido, la fraternidad cristiana no se plantea en términos exclusivos, sino más bien al servicio entre todos los hombres. La fraternidad cristiana entonces, no pertenece solo al mundo de los sentimientos y tan solo a la escala de los valores fundamentales, sino que es el regalo y el fruto de la Pascua de Cristo.

Limpida, como el mañana de Pascua, es la aparición del Señor resucitado a María de Magdala. Al humilde abrazo de ella, Jesús responde indicando una tarea que re-

QUIEN NOS
PODRÁ SEPARAR
DEL AMOR DE
CRISTO?

QUIEN ES MI
MADRE?
QUIENES SON
MIS HERMANOS?

vela el vínculo: *«Suéltame, pues aún no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes»* (Gv 20,17). Para los cristianos, la fraternidad es una gracia que viene de Dios. Jesús en su Pasión, nos salva en las relaciones que tenemos con los demás, abriendo las puertas de una nueva fraternidad, que será lo específico de las nuevas comunidades cristianas. Él, como dice el Apóstol, es el *'Primogénito de muchos hermanos'*.

Una fraternidad que Jesús mismo nos enseña en el Evangelio. *'Solo la sequela de Cristo conduce a una nueva fraternidad'* (Benedicto XVI).

A su madre y sus parientes que lo están buscando, Jesús responde indicando nuevos lazos: *"Su madre y sus hermanos querían verlo, pero no podían llegar hasta él por el gentío que había. Alguien dijo a Jesús este recado: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte.» Jesús respondió: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen.»* (Lc 8,19-21). Son lazos que resultan de la escucha de la palabra del Señor y de su actuación compartida.

En la parábola del juicio Jesús amplía el tamaño de la fraternidad para todos los pequeños y pobres, donde se identifica, llamándolos hermanos: *"El Rey responderá: «En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí.»* (Mt 25,40).

En las fuertes antítesis del Sermón del Monte, Jesús provoca a sus oyentes con sorprendentes perspectivas: *“Ustedes han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y no harás amistad con tu enemigo. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores, para que así sean hijos de su Padre que está en los Cielos. Porque él hace brillar su sol sobre malos y buenos, y envía la lluvia sobre justos y pecadores. Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué mérito tiene? También los cobradores de impuestos lo hacen. Y si saludan sólo a sus amigos, ¿qué tiene de especial? También los paganos se comportan así. Por su parte, sean ustedes perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el Cielo”* (Mt 5,43-48).

Y en las instrucciones sobre las relaciones entre sus discípulos, Jesús enseña: *“No se dejen llamar Maestro, porque no tienen más que un Maestro, y todos ustedes son hermanos. No llamen Padre a nadie en la tierra, porque ustedes tienen un solo Padre, el que está en el cielo”* (Mt 23,8-9).

Las palabras del Maestro Resucitado revelan la razón y el origen de esta nueva fraternidad: la Paternidad de Dios. No hay ninguna fraternidad posible hasta que no se reconozca su origen: Jesús, el Hijo Unigénito, nos revela el rostro de Dios Padre y con su Pascua se entrega a nosotros. Ya desde ahora somos hijos de Dios, nos dice Juan en su carta y el apóstol Pablo se hará cantor de esta paternidad inimaginable. *“Todos aquellos a los que*

SI AMAN
SOLAMENTE A
QUIENES LOS
AMAN, QUÉ
MERITO TIENEN?

guía el Espíritu de Dios son hijos e hijas de Dios. Entonces no vuelvan al miedo; ustedes no recibieron un espíritu de esclavos, sino el espíritu propio de los hijos, que nos permite gritar: ¡Abba!, o sea: ¡Padre! El Espíritu asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Siendo hijos, son también herederos; la herencia de Dios será nuestra y la compartiremos con Cristo. Y si hemos sufrido con él, estaremos con él también en la Gloria". (Rom 8,14-17).

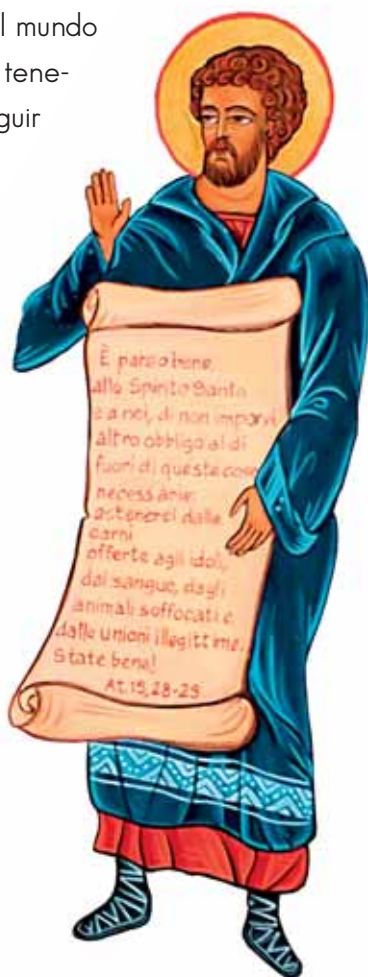
Con su obediencia y el don de sí mismo, Jesús nos coloca en la relación correcta, ser hijos de un mismo Padre y justo por eso nos invita a vivir como hermanos en la verdad. La relación filial se fortifica en la escucha de la Palabra de Dios y en la comunión con el Pan del cielo. El Espíritu Santo que hemos recibido como regalo nos introduce en la comunión con la Trinidad. No podemos pensar en construir una fraternidad cristiana, sin experimentar una profunda unión con Dios nuestro Padre.

La fraternidad según el Evangelio es misionera, en el sentido de que la misión de la Iglesia deriva de una profunda y generalizada conciencia y experiencia comunitaria. Escuchando el testimonio de los Hechos de los Apóstoles, nos damos cuenta que la proclamación del Evangelio y la transmisión de la fe han nacido en un intenso contexto de comunidad; al mismo tiempo, podemos ver que la misión, así como el Espíritu del Señor la promueve, trae abundantes e importantes frutos de fraternidad. Ni hay que olvidar o subestimar que los destinatarios y protagonistas privilegiados del anuncio y del ejercicio de

la fraternidad en las primeras comunidades son a menudo los pobres. No es por nada que las palabras y actitudes que indican la fraternidad, se repiten con gran frecuencia en el libro de los Hechos.

En este punto se ponen unas preguntas: como estamos viviendo la fraternidad según el Evangelio en nuestras parroquias, entre las parroquias, entre las diferentes comunidades eclesiales, en la Diócesis y en las relaciones con cada persona que es en el mundo en que vivimos? ¿Cuales tentaciones tenemos que superar? ¿Qué caminos a seguir en el contexto contemporaneo?

QUE MENTALIDAD HAY QUE SUPERAR PARA VIVIR COMO HERMANOS?





LA IGLESIA COMO COMUNIDAD FRATERNAL

Hemos hecho recuerdo que la fraternidad entre bautizados nace desde la condición increíble de ser hijos de un único Padre. Es un regalo que hemos recibido y que pertenece al misterio de la comunión. La vida de Dios es comunión, más bien El es comunión: una comunión inimaginable que profesamos en el misterio de la Trinidad. Y la comunión crea comunión: es incontrolable, igual que el amor que no tiene medida. La Iglesia es el signo y el instrumento, en la historia, de este misterio de comunión, cuya fuente es Dios mismo que se ha comunicado en Jesús y nos llega por el Espíritu Santo. Por lo tanto, la Iglesia es la manifestación de la comunión con Dios. Esta es su originalidad, esta es su singularidad: la Iglesia es necesariamente una, con variedades innumerables, pero esencialmente una. Las divisiones históricas son una herida dolorosísima en la vida de la Iglesia y cada esfuerzo y pasos para superarlas son motivos de consuelo, de alegría, de esperanza. No hay solo las divisiones históricas y las que son el fruto de nuestros pecados: también existe el riesgo de concebir la Iglesia como una suma o una federación de Iglesias, sean ellas las Diócesis o las parroquias u otras formas de vida comunitaria cristiana. La Iglesia es una, y

CUALES
OPCIONES PARA
SER IGLESIA:
MISTERIO DE
COMUNIÓN EN
NUESTRA
HISTORIA Y EN
NUESTRA
COMUNIDAD?

todo lo que alimenta esta unidad corresponde a su identidad y al misterio que la constituye. Por eso lo que les indico a través de las Unidad pastorales, es no solo una nueva forma organizativa por algunos temida como una enfermedad o un error pastoral o simplemente juzgada como una necesidad dictada por números, sino una forma de vivir hoy nuestra vocación cristiana en una Iglesia capaz de fraternidad y aún emocionada por la misión que el Señor la llama a realizar con El.

La fraternidad es una de las características fundamentales de la comunidad cristiana. Es Jesús mismo quien habla de sus discípulos como hermanos, evocando una relación que ya era reconocida en su pueblo como indicativa más allá de la organización familiar: «Mira como es bueno y alegre que los hermanos estén juntos». Los apóstoles usan este término hablando a los discípulos de Cristo Jesús y trazando los contornos de la vida de las primeras comunidades cristianas. La vida de la primera comunidad se nos entrega en términos ejemplares como vida fraternal. El destacar que pertenecen en este sentido a vocaciones particulares, pienso a los monjes y monjas, a las personas consagradas por lo general, a los mismos sacerdotes, no son exclusivas, sino más bien proféticas o ejemplares en comparación con una condición que es propia de cada bautizado en relación con los demás bautizados y todos los seres humanos. Es una fraternidad que de alguna manera se coloca en un mayor nivel de profundidad respecto aquella determinada por lazos familiares.

EN NUESTRAS
PARROQUIAS
CULTIVAMOS UNA
ESPIRITUALIDAD
DE LA
FRATERNIDAD?



LA VIDA FRATERNAL

Si la fraternidad es un regalo, también es un compromiso que se realiza según la Palabra del Señor. Una de las formas características de quienes viven la consagración al Señor en la vida célibe y virginal está representada por la vida fraterna. Deseo darles las gracias por este testimonio eclesial y alentarlos a hacerla cada vez más radiante. Y como no reconocer que la vida fraterna ha inspirado en la historia de la Iglesia tantas formas de testimonio cristiano; como no reconocer que hoy también comunidades de laicos y de familias adoptan estilos y formas que quieren ser un testimonio particularmente eficaz de fraternidad. Y por último, creo que haríamos una grave injusticia a nuestras comunidades parroquiales, si no las reconocemos como lugares y experiencias de vida fraterna. Somos tentados a resaltar los límites y las contradicciones de esta fraternidad como el anonimato, las divisiones en grupos cerrados o en clan familiares, hasta en grupos que se oponen porque desean representarse a sí mismos como la auténtica comunidad o la verdadera parroquia; pero estos pecados no pueden ocultar la simple fraternidad vivida día a día por personas que viven no solo la pertenencia, sino el servicio de la comunidad y la ayuda mutua en la fe y en la caridad.

SABEMOS
RECONOCER LA
RIQUEZA DE
CAMINOS DE
FRATERNIDAD
PRESENTES EN
NUESTRA
COTIDIANIDAD?

Desearía mucho que en cada comunidad parroquial, religiosa o asociativa y en las formas más amplias de eclesialidad, incluida la diocesana, se reflexione en la concreción de la fraternidad, a partir de la fe, para después reconocerla y traducirla en la caridad. La articulación de estas reflexiones puede leerse de esta manera: la fraternidad en la parroquia, la fraternidad entre las parroquias, la fraternidad entre diferentes experiencias de vida cristiana, la fraternidad con todos los hombres y las formas de convivencia social. Esta última es la perspectiva que siento cada vez más necesaria, contra la cual la iglesia tiene que ser no solo signo, sino también instrumento significativo y eficaz.

Si en estos años nos hemos propuesto, a través de los programas pastorales, de perseguir un proceso de transformación de nuestras parroquias a ser cada día más auténticas comunidades cristianas, creo que la atención a la vida fraterna es absolutamente coherente con este compromiso. Además el tema de las Unidades pastorales se coloca de manera evidente en esta situación: como dije varias veces, no se trata de pensar en la abolición de las parroquias, no se trata de perseguir incorporaciones entre parroquias, sino crecer en la comunión a través de experiencias que alimenten una fraternidad no inclusiva, cada vez más expresión de pertenencia a la única Iglesia. Esta es la condición imprescindible para cualquier comunicación y transmisión de la fe, para cada evangelización y nueva evangelización, para la misión, para la

QUE FRATERNIDAD HACEMOS POSIBLE CON TODOS LOS HOMBRES Y MUJERES DE ESTE MUNDO?

renovación del camino de la iniciación cristiana: comunidades cristianas realmente fraternas, capaces de vivir la fraternidad en si mismas y entre ellas y finalmente testimoniarla y ofrecerla a todas las personas. De esto les reconoceran dice el Señor, si tendrán amor los unos con los otros.





CONSIDERACIONES SOBRE LAS UNIDADES PASTORALES I

El término Unidad pastoral debe entenderse de una manera correcta: decimos claramente lo que no es. No es abolición de ninguna parroquia. El Sínodo Diocesano ha reafirmado la centralidad de la parroquia y ha reflexionado en lo que significa la parroquia en el mundo contemporáneo, sin miradas nostálgicas al pasado, pero con renovada determinación en relación con el presente y el futuro. La parroquia está llamada a ser una verdadera comunidad cristiana: esta es la tarea que el Sínodo nos ha entregado, ofreciendo las líneas para seguir en esta dirección. Una comunidad llamada a vivir y dar testimonio de comunión y misión evangélica. Precisamente por esta razón, la parroquia por sí sola no es suficiente: no es suficiente para dar testimonio de una comunión que tiende a convertirse en un signo de esperanza para toda la humanidad, no es suficiente para una misión que inevitablemente supera los límites de la parroquia. Pienso en esas tierras existenciales de la misión que son la familia, los jóvenes, los inmigrantes, el mundo del trabajo, la escuela y la universidad, el mundo de la salud, de la política, de la cultura y de la comunicación, del tiempo libre,

CUALES TIERRAS
EXISTENCIALES
DE LA MISIÓN
PUEDEN
RESPONDER A LA
OPCIÓN DE LAS
UNIDADES
PASTORALES?

SABEMOS
RECONOCER
EXPERIENCIAS
BUENAS DE VIDA
FRATERNAL ENTRE
PARROQUIAS Y
HACERNE
TESORO?

las dimensiones afectivas y relacionales, de la fragilidad humana, los fermentos culturales, los fenómenos transgresivos, los procesos de globalización. Son realidades que sobrepasan los confines y las experiencias de una sola parroquia, incluso si es grande, y al mismo tiempo no pueden confiarse solo a niveles más amplios (como el Vicariato y la Diócesis), porque sabemos claramente que el impacto tienen sobre las experiencias cotidianas de las personas que forman una comunidad. Se trata entonces de perseguir juntos las respuestas, los testimonios y las formas que parecen las mejores para la misión que el Señor nos confía a nosotros, conscientes que permanece decisiva la dimensión de las comunidades visibles por una fraternidad realmente vivida.

Por lo tanto no se trata de abolir parroquias ni tampoco acoplarlas. Este último es un término adoptado en el momento cuando algunas parroquias, con motivo de la revisión del Concordato de 1984 fueron abolidas y fueron acopladas con otras. Ahora no se trata de eso. Ni siquiera es un discurso que concierne solo al clero y su distribución. Es cierto que la experiencia de las Unidades pastorales ha nacido en muchas Diócesis en Italia y en el exterior por razones dictadas por la disminución de las vocaciones y presencias sacerdotales; es cierto que en este momento no estamos, por la gracia de Dios, en esta condición dentro de nuestra Diócesis; es cierto también que por desgracia incluso en nuestra Diócesis las respuestas a la vocación sacerdotal están disminuyendo

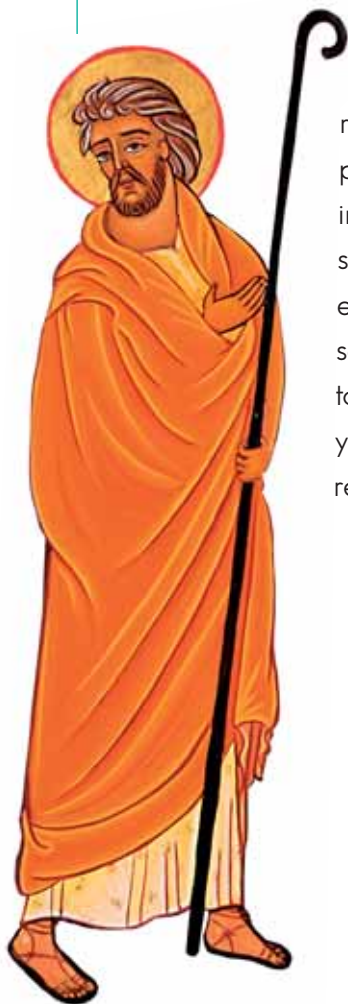
y que de una manera cada vez más rápida el clero envejece; es cierto que, con toda la fe de que somos capaces, pedimos al Señor que nos dé el regalo de nuevas vocaciones al sacerdocio y que ilumine y dé fuerza a cada persona que reciba este regalo para perseguirlo con confianza. Es igualmente cierto que la forma de las Unidades pastorales corresponde a una necesidad que es independiente de la centralidad de la parroquia, más bien la valoriza en términos de corresponsabilidad, de riqueza ministerial, de redescubrimiento del servicio del presbítero, de conocimiento compartido con otras parroquias de la responsabilidad pastoral hacia el territorio y sobre todo en términos de misionariedad.

Las formas de Unidad pastoral pueden ser diferentes pero comparten estas características: se trata de formas de colaboración entre múltiples parroquias, establecidas en forma orgánica, permanente y reconocidas por el Obispo. Se caracterizan por un programa pastoral compartido y un organismo pastoral unitario. He descrito en términos muy resumidos de que se trata y de lo que no se trata, pero creo que este camino se dará en la medida en que nos volvemos más conscientes de lo que significa fraternidad cristiana. Alguien puede pensar que la ampliación de los límites de las comunidades parroquiales, a través de formas de asociación con otras parroquias, disminuya aún más el sentido de pertenencia y se caiga en formas de organización cada vez más alejadas de la vida de las personas. Es una preocupación muy fundada,

SABEMOS VIVIR
EL CAMBIO
COMO SIGNO
DE SERVICIO A
LA COMUNIÓN?

que ya está presente en la vida de las parroquias individuales. No podemos imaginar que esta adhesión pueda darse como en el pasado, cuando el ritmo de vida, la organización del tiempo, la movilidad, la existencia de las personas se daba en términos más lentos y probados por siglos o en un mundo menos dispersivo y complejo del nuestro. Hoy la cercanía, que todavía ve en la figura

del sacerdote, un signo insustituible, debe ser una cercanía compartida en términos comunitarios y, finalmente, una vez más fraterna. Una perspectiva de este tipo provoca una inevitable reflexión sobre la figura del sacerdote y su servicio. En este camino, el testimonio de la fraternidad entre sacerdotes se vuelve estimulante y hasta decisivo. Por este motivo deseo apoyar todas las formas en que eso pueda realizarse.





DESDE LA COLABORACIÓN A LA CORRESPONSABILIDAD

Nuestra Diócesis se compone de casi cuatrocientas parroquias. La gran parte, pero hace tiempo ya no todas, tienen el párroco residente. En los años, frente a la reducción del número de sacerdotes y su envejecimiento, el problema que tenemos es la disminución de sacerdotes jóvenes para la guía de nuestros oratorios y la pastoral juvenil. Esto es un problema grave. Se iniciaron importantes experiencias de colaboración entre parroquias en estos ámbitos; la mayor parte de nuestros oratorios, no teniendo el cura, es guiada y animada directamente por los párrocos; el voluntariado bajo cualquier forma y clasificación es una enorme riqueza que asegura la continuidad a muchas actividades del oratorio, a las propuestas educativas y de introducción a la fe; las familias suelen ser protagonistas dentro de las iniciativas del oratorio; en algunas situaciones se han delineado presencias de laicos más estables y con responsabilidades directivas; en algunos casos, el servicio ofrecido por cooperativas con fines educativos constituye una solución satisfactoria, sin convertirse en un sujeto a quien apaltar el oratorio y su específica propuesta ligada a la vida de la comuni-

NUEVAS FUERZAS
PUEDEN SER
ACTIVADAS
DONDE FALTAN
LAS TRADICIONALES?
CUALES LOS
CRITERIOS?

dad; el servicio del UPEE es un apoyo sustancial a las diferentes necesidades que se han expresado. Pero no queremos parar aquí. Orando siempre, porque el Señor nos conceda a sacerdotes jóvenes para las generaciones más jóvenes, seguimos con la profunda convicción la misión a los jóvenes y podremos hacerlo si vamos a hacerlo juntos. No es sostenible pedir a un joven sacerdote distribuirse en varias comunidades y oratorios sin cambiar nada de la organización pastoral: en cambio, se trata de pensar que más parroquias, con una mayor conciencia de su misión y en el signo de la fraternidad, cooperen entre sí para una misión significativa para y con los jóvenes; será dentro de esta cooperación que podrá definirse el servicio de un joven sacerdote al servicio de las generaciones jóvenes. Cuando esto pasa, se puede ya ver si no los frutos por lo menos las yemas. Tampoco un sacerdote con responsabilidad de guía de más comunidades podrá dividirse para garantizar a cada una un servicio que repita lo mismo del pasado independientemente de lo que está pasando en la Iglesia, en el mundo y en la manera de como la conciencia cristiana está creciendo hoy. A veces he tenido la impresión de que algunas personas en nuestras comunidades parroquiales, no ponían atención a la vida cristiana y a la experiencia de fe y simplemente estaban preocupados de manera obstinada de ver garantizada no cierto una identidad evangélica y una fidelidad al pasado que mortifica el poder transformador del Evangelio.

En este contexto, la conciencia de la comunidad cristiana como tal está destinada a crecer: durante mucho tiempo hemos identificado la parroquia con el párroco. Desde la renovada conciencia de la identidad y de la tarea de la comunidad cristiana, a la luz de las enseñanzas conciliares y de las orientaciones del Sínodo, nos damos cuenta de que el sujeto fundamental de la vida cristiana no está representado por el solo sacerdote, sino por el sacerdote con la comunidad. Más bien, el sacerdote está al servicio de la fe, de la gracia y de la caridad que constituyen la comunidad cristiana, porque pueda ser realmente tal y de hecho testificar al mundo con humildad, la verdad del Evangelio. El camino de las Unidades pastorales se alimenta de esta conciencia: no es solo una cuestión de sacerdotes, sino de comunidades que experimentan las repercusiones de la fe. El hecho de que ya no siempre existe una correspondencia entre la parroquia y un párroco residente va dibujando un modo diferente de vida comunitaria, que no disminuye, más bien acentúa la conciencia y la responsabilidad de la comunidad misma y la conciencia de la misión del párroco y de los sacerdotes en la comunidad de los bautizados.

Por lo tanto, podemos decir que no todas las parroquias se constituirán en Unidades pastorales, pero todas las parroquias son y serán llamadas para vivir la fraternidad comunitaria y entre las comunidades presentes en el mismo territorio.

CUALES
CAMINOS DE
CONCIENCIA ES
OPORTUNO
ACTIVAR EN
NUESTRAS
COMUNIDADES
PARA UNA
MAYOR Y MEJOR
CORRESPONSABI-
LIDAD?

Es bueno, sin embargo, distinguir las colaboraciones sobre proyectos específicos de la colaboración sistemática y orgánica que caracteriza una Unidad pastoral. También debemos distinguir la forma del Vicariato local de la Unidad pastoral: mientras el Vicariato es una subdivisión de la diócesis, con especial atención al territorio, la Unidad pastoral tiene como sujetos protagonistas las parroquias involucradas.

Es evidente que una perspectiva de este tipo requiere opciones pastorales que favorezcan los elementos esenciales de la vida de la comunidad cristiana y fomenten ministerialidades serias y reconocidas, incluyendo aquella del diaconado permanente.

En particular, habrá que definir una propuesta articulada y sostenible para las celebraciones eucarísticas del domingo, un camino de iniciación cristiana, incluido el bautismo, según un modelo único, una propuesta para adolescentes y jóvenes, que implique a todas las comunidades del UP, iniciativas formativas compartidas dirigidas a personas que participan en varios ministerios, la organización de formas concretas que manifiesten de manera comunitaria la vida de la caridad. Paradójicamente la creación de UP orienta hacia el reconocimiento y el desarrollo de pequeñas comunidades como los centros de escucha de la Palabra, las células de evangelización, las comunidades de familias, las comunidades eclesiales de base y otras experiencias debidas a la vida de la parroquia y de las parroquias de la Unidad pastoral.

Por lo tanto, no se trata de perseguir criterios ejemplificatorios de tipo incorporante o centralizado, sino imaginarse continuamente como comunidades cristianas que viven de manera significativa la fraternidad entre ellas. Si de hecho una parte de la “*autonomía y autosuficiencia*” de la parroquia se sacrifica, emerge más fuerte la dimensión de la comunión misionera en una área limitada y circunscrita. Los procesos de identificación y pertenencia, que sin duda mantienen un significado en una situación que tiende a la despersonalización organizativa, hay que llevarlos continuamente hacia una dimensión evangélica y una perspectiva de comunión.

Las consideraciones que he intentado explicar no son un tratado sobre las Unidades pastorales, sino puntos de discusión que cada parroquia y cada comunidad es invitada a reflexionar en ese año con la conciencia que la progresiva realización de UP en nuestra Diócesis tiene que haber una fuerte connotación pastoral, teniendo como sujeto protagonista la comunidad junto con el sacerdote y no simplemente los sacerdotes independientemente de la comunidad.

COMO VIVIR LA
IDENTIFICACIÓN Y
LA PERTENENCIA
DENTRO DE UNA
ÓPTICA DE
COMUNIÓN?





INDICACIONES PARA EL AÑO PASTORAL

Termino recordando algunos pasos que pueden connotar durante este año la vida de la Diócesis, de las parroquias, de cada comunidad eclesial.

Las iniciativas para el Año de la fe y el cincuentenario de la muerte del Papa Juan, según las indicaciones de la Santa Sede y de los organismos diocesanos. Algunas de ellas ya están en el Calendario diocesano.

Especialmente me gustaría resaltar algunas atenciones:

A NIVEL DIOCESANO:

la formación de la comisión para las Unidades pastorales; la relectura de las experiencias existentes en este sentido; la propuesta de peregrinaciones ya indicada al principio de la Carta; las iniciativas relacionadas con el compromiso ecumenico y el diálogo interreligioso; el reconocimiento más consciente y agradecido del signo representado por la vida religiosa fraterna.

A NIVEL VICARIAL:

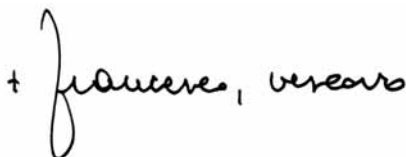
El encuentro vicarial del Obispo con los catequistas; la valorización del Consejo pastoral vicarial, el estudio de posibles Unidades pastorales en el territorio de la Vicaría, el reconocimiento y la promoción de experiencias-signo de vida fraterna.

A NIVEL PARROQUIAL:

- grupos de escucha de la Palabra a partir del itinerario bíblico catequístico diocesano sobre el tema de la fraternidad;
- la promoción del reconocimiento de la Eucaristía dominical como fuente de fraternidad cristiana. Un estudio sobre la reducción de las celebraciones eucarísticas en esta perspectiva;
- la formación de comunidades de vecinado como experiencias de fraternidad concreta;
- la actuación de formas de solidaridad económica entre parroquias vecinas;
- la valorización de los organismos pastorales parroquiales;
- el reconocimiento de asociaciones, grupos, movimientos y cofradías, como experiencias concretas de fraternidad en comunión con la comunidad parroquial entera;
- la identificación de áreas de misionariedad y de formación compartidas con las parroquias vecinas, sin descuidar las vicariales;
- la búsqueda de formas de cooperación entre las escuelas maternas parroquiales.

Queridos hermanos y hermanas, la hermosa icona del Consejo de Jerusalén, inspira e ilumina la reflexión y la actuación de la hermandad cristiana en nuestras comunidades.

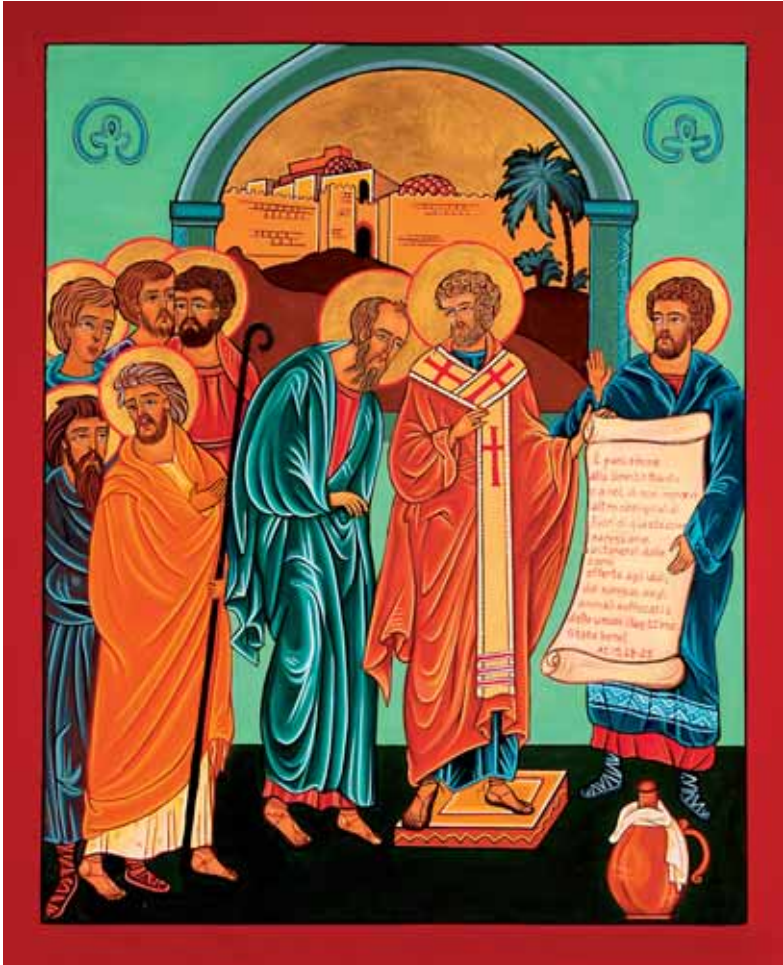
Invoco para todos la mirada de María, Madre de la Iglesia y la intercesión del Beato Papa Juan, para quien bendecimos al Señor en un aniversario tan significativo.

A handwritten signature in black ink, reading "Francesco Veronesi". The signature is written in a cursive style with a small cross symbol to the left of the first letter.

SOLEMNIDAD DE S. ALEJANDRO, MARTIR

PATRÓN DE LA DIOCESIS DE BERGAMO

AÑO 2012



Nuestras parroquias y nuestra Iglesia diocesana crezcan en fraternidad y se vuelvan más conscientes que esta característica es decisiva para ser verdaderamente discípulos del Señor Resucitado y colaboradores de su Misión. Es este el camino para seguir renovando la vida de nuestras comunidades, para encarnar más nuestra fidelidad al Evangelio, para alimentar un arrebató misionero, para favorecer formas de colaboración a todo nivel.